DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MI

La iniciación de los más pequeños a la vida cristiana

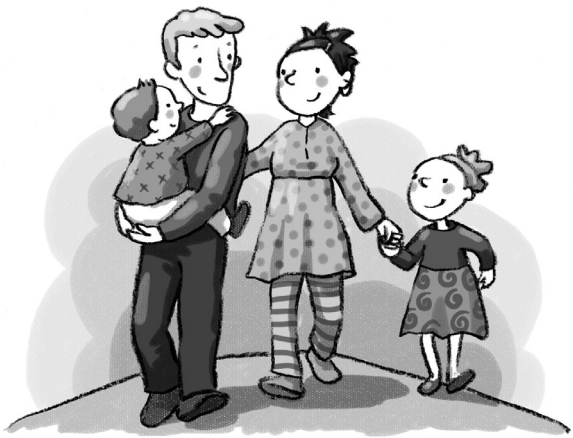
Enriqueta Capdevila
Enric Termes

EMAÚS 111

Enriqueta Capdevila - Enric Termes

Dejad que los niños vengan a mí

La iniciación de los más pequeños a la vida cristiana



Colección Emaús 111
Centre de Pastoral Litúrgica

Sumario

1. El despertar de los hijos a la fe 7
"No tenemos" 9
El despertar a la vida 10
El proceso evolutivo 12
El encuentro de los niños con Jesús 13
¿Cómo podemos hacerlo? 14

2. Los primeros años de la vida 17
Los niños de 0 a 3 años 19
La tarea del día a día 20
El amor de los padres es fuente de su bienestar .. 21
El nombre de cada cosa 22
Con vosotros descubrirán la luna 22
Las imágenes del entorno familiar 23
La familia reza 24
Vuestras celebraciones son su fiesta 25

3. Una nueva etapa 29
Los niños de 3 a 6/7 años 31
Una tarea difícil de programar 33
Dios ha hecho un mundo bello 34

Los seres vivos nacen, crecen y mueren 35
Mirada hacia fuera 37
Las imágenes 38
Jesús es nuestro maestro 41
La oración familiar 44
Hoy es fiesta 51
Había una vez... 60

Jesús es nuestro maestro

Jesús con sus palabras y sus obras nos enseñó el camino a seguir. Él es nuestro maestro, nos guía, es la clave que da sentido a nuestra vida.

Durante los primeros años ha habido pocas ocasiones para hablar de Jesús con los más pequeños, ahora podéis iniciarles en el conocimiento de sus palabras y sus hechos.

Deben evitarse los infantilismos. Solo debemos hablar del niño Jesús en Adviento y en Navidad como hecho puntual. Tampoco se trata de hacer grandes reflexiones catequéticas que todavía no es capaz de asimilar y que llegarán en la etapa siguiente de su vida.

Los niños deben captar que Jesús es importante en nuestra vida de adultos. Somos seguidores de Jesús y queremos ser fieles a su modelo de vida, a sus enseñanzas, y celebramos con gozo que con su vida, su muerte y su resurrección nos ha salvado.

Jesús nos dijo que Dios es como un padre

Jesús nos dijo que Dios es como un padre y una madre que ama a todos los hombres y mujeres, niños y niñas de todos los tiempos. Les ama siempre, sean como sean, y quiere que sean felices porque todos son hijos suyos.

Jesús nos enseñó el Padrenuestro para hablar con Dios, nuestro Padre del cielo. Cuando lo recitamos le decimos que le amamos, que estamos contentos con todo cuanto nos ha dado y confiamos en su protección.

Podéis rezar el Padrenuestro y explicar el cuento: «La amapola que pasó mucha pena», lo encontraréis en la página 70.

Jesús nos enseñó a amar

Contad que Jesús amaba a todos, mayores y pequeños, viejos y jóvenes, mujeres y hombres. Sobre todo amaba a los enfermos, los pobres, todos aquellos que necesitaban ayuda.

Jesús enseñó que amar es hacer por los demás aquello que quisiéramos que los otros hicieran por nosotros.

Cuando amamos a los demás, cuando ayudamos a quienes lo necesitan, cuando estamos contentos porque otro lo está, cuando acompañamos al otro, cuando hacemos las paces con quien nos hemos peleado, cuando hacemos que los que están a nuestro lado puedan estar contentos, estamos haciendo lo que Jesús enseñó.

Podéis explicar el cuento: «Los buenos amigos», lo encontraréis en la página 62.

Jesús nos enseñó a perdonar

Lo primero que debemos tener en cuenta es que la formación de la conciencia moral es un largo proceso.

Recordemos que el niño es nuestro espejo, nuestro imitador. Él cree que todo lo que hacemos está bien y no nos entiende cuando le decimos «esto no se hace» y ve que nosotros lo hacemos.

No nacemos obedientes; los niños deben aprender a serlo, deben aprender a dominar sus impulsos, su agre-

sividad, deben adquirir habilidades, hábitos, han de superar el egocentrismo y aprender a ser generosos, a compartir. Es un proceso largo y, a veces, difícil.

Y nosotros debemos ser coherentes, no podemos exigir cosas que ellos todavía no pueden hacer, no podemos permitirnos actitudes o comportamientos que rechazamos cuando ellos nos imitan.

Dos cosas deben quedar muy claras: en primer lugar que los pequeños no «hacen pecados» porque esto supone consciencia de la maldad de la acción y voluntad de hacer el mal y la evolución de la dimensión moral de su personalidad todavía no se lo permite y, en segundo lugar, que nosotros les amamos siempre.

Existen dos frases que, al nivel de los pequeños, siempre son verdad: «No lo quería hacer» y «No lo haré más». Cuando lo dice está convencido de ello porque todavía no sabe prever las consecuencias de sus actos.

No podemos decirle: «No te quiero porque te has portado mal». Primero porque no es verdad que no le queremos; segundo, porque es precisamente nuestro amor lo que le ha de estimular a comportarse mejor; tercero, porque le decimos que Dios Padre nos ama siempre, con el amor más grande, y nos perdona siempre.

Esto no supone permitirlo todo, al contrario, tienen que ver que estamos disgustados, preocupados, incluso enfadados, porque ha sido poco atento, torpe o egoísta.

Debe aprender a pedir perdón, como nosotros lo hacemos si es necesario, y a esforzarse en revivir las mismas actuaciones con una actitud más positiva para que todos podamos estar contentos y felices.

La oración familiar

El niño debe captar, desde bien pequeño, que los momentos de oración familiar son la manifestación de vuestra forma de amar a Dios y de relacionaros con él.

No es cuestión de dar explicaciones sino de ofrecer vivencias. Nos relacionamos con aquellos que nos aman y a quienes nosotros amamos, también con Dios.

El silencio, el gesto, la mirada, la palabra sencilla y clara deben marcar la diferencia con el resto de actividades del día.

A estas edades los niños no pueden orar solos. Cada familia debe encontrar el momento y el lugar adecuados para poder orar juntos.

El domingo al levantarnos o antes de ir a dormir, bendiciendo la mesa o dando gracias por los alimentos que juntos disfrutamos.

Es importante hacerlo con regularidad, crear hábito sin caer en la rutina, de tal forma que si un día lo olvidamos sea el pequeño quien nos lo recuerde.

Evidentemente también son ocasión de plegaria los acontecimientos especiales, personales, familiares o sociales, de alegría o de tristeza. Serán el momento para la oración ocasional.

Hay que ser prudentes con la oración de petición. Hemos dicho al niño que Dios nos quiere mucho y nos escucha siempre, esto le lleva a pensar que puede pedirlo todo y se le concederá.

Si rezamos para que el abuelo se ponga bueno y el abuelo muere, o para que mañana, que vamos de excursión, haga sol y amanece un día lluvioso… el pequeño sacará conclusiones directas: Dios no me quiere, Dios no me escucha, o bien, mis padres me engañan.

Debéis procurar que vuestra oración sea decirle a Dios vuestros deseos y pedirle que os ayude a esforzaros en los acontecimientos de cada día.

Cuando el lenguaje corporal acompaña al lenguaje oral es más fácil la participación de los niños. Por ello hacemos una propuesta de lenguaje corporal para acompañar las primeras oraciones.

Hacemos la señal de la cruz

Por la señal de
la santa cruz

de nuestros
enemigos

líbranos, Señor,
Dios nuestro.

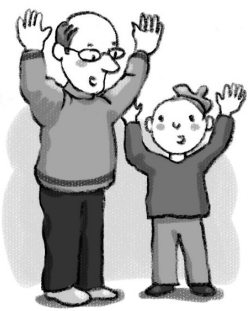
En el nombre
del Padre

y del Hijo

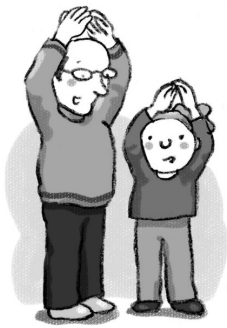
y del Espíritu

Santo. Amén.

Decimos la oración que Jesús nos enseñó

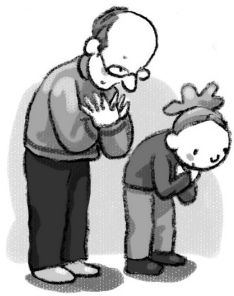


Padre nuestro,
que estás
en el cielo,



santificado
sea tu
nombre;

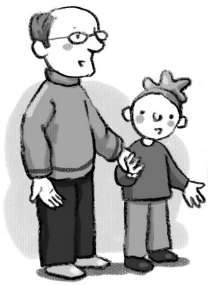
venga a
nosotros
tu Reino;



hágase tu voluntad
en la tierra como
en el cielo.

Danos hoy
nuestro pan
de cada día;

perdona
nuestras
ofensas,



como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;

no nos dejes caer
en la tentación,

y líbranos del mal.
Amén.

Recordamos a la Virgen

Dios te salve, María
llena eres de gracia

el Señor es
contigo;

bendita tú eres
entre todas las
mujeres,

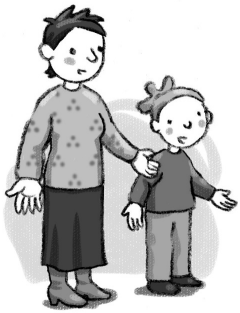
y bendito es el
fruto de tu vientre,
Jesús.

Santa María,

Madre de Dios,

ruega por nosotros,
pecadores,

ahora y en la hora
de nuestra muerte.



Amén.

Cada familia debe encontrar oraciones sencillas y breves y repetirlas en los momentos adecuados para que el niño pueda memorizarlas.

Bendito seas, Señor,
Dios del universo,
por estos alimentos,
fruto de la tierra
y del trabajo del hombre,
que hemos recibido de tu bondad
y ahora vamos a compartir.

Bendice, Señor,
a cuantos hoy comemos este pan,
bendice a quienes lo hicieron
y a quienes no lo tendrán.

Danos, Señor,
pan para comer,
brazos para ganarlo
y corazón para compartirlo.

Bendito sea el nuevo día
y Dios que nos lo envía.
Dios te guarde, Virgen María,
guárdanos en este día.

Bendita sea la luz del día
y el Señor que nos la envía.

Te alabamos, Señor,
por la lluvia y las estrellas.
Por el mar y por el río,
por el prado y por la sierra
Por la aceituna y el trigo,
la mariposa y la abeja.

Te damos gracias, Señor,
por la miel y las cerezas,
por las mujeres y hombres
que trabajan nuestra tierra.

-

-

-